



www.loqueleo.santillana.com

© 2016, LUCÍA LARAGIONE Y ANA MARÍA SHUA

© De esta edición:

2016, EDICIONES SANTILLANA S.A.

Av. Leandro N. Alem 720 (C1001AAP)

Ciudad Autónoma de Buenos Aires, Argentina

ISBN: 978-950-46-4768-3

Hecho el depósito que marca la ley 11.723

Impreso en Argentina. *Printed in Argentina.*

Primera edición: febrero de 2016

Dirección editorial: MARÍA FERNANDA MAQUIEIRA

Edición: CLARA OEYEN

Ilustraciones: CARLUS RODRÍGUEZ

Dirección de Arte: JOSÉ CRESPO Y ROSA MARÍN

Proyecto gráfico: MARISOL DEL BURGO, RUBÉN CHUMILLAS Y JULIA ORTEGA

Shua, Ana María

Emanuel y Margarita : un viaje inesperado / Ana María Shua ; Lucía Laragione;
ilustrado por Carlus Rodríguez. - 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires :
Santillana, 2016.

248 p. : il. ; 20 x 14 cm. - (Azul)

ISBN 978-950-46-4768-3

1. Narrativa Histórica Argentina. 2. Literatura Juvenil. I. Carlus Rodríguez,
ilus. II. Laragione, Lucía III. Título.

CDD 863.9282

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en, o transmitida por, un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso previo por escrito de la editorial.

ESTA PRIMERA EDICIÓN DE 6.000 EJEMPLARES SE TERMINÓ DE IMPRIMIR EN EL MES DE FEBRERO DE 2016 EN ARCÁNGEL MAGGIO – DIVISIÓN LIBROS, LAFAYETTE 1695, CIUDAD AUTÓNOMA DE BUENOS AIRES, REPÚBLICA ARGENTINA.

Emanuel y Margarita

Un viaje inesperado

Lucía Laragione

Ana María Shua

Ilustraciones de Carlus Rodríguez

loqueleo

SIGLO XXI – TERCER VIAJE
BUENOS AIRES

Mi nombre es Emanuel Rizzo. Tengo dieciocho años y me preparo para mi tercer viaje al pasado. La experiencia me ha demostrado que estos registros son inútiles para convencer a nadie de que mis aventuras han sido reales. Pero tal vez sean importantes en el futuro, adonde mi máquina del tiempo no llega. Su inventor, mi tío Francis, dice que no se puede ir al futuro del siglo XXI porque todavía no existe.

5

Participé en la Revolución de Mayo de 1810 y viajé también a 1813. Estuve presente en el Combate de San Lorenzo y estaba en Buenos Aires cuando la Asamblea del año XIII dictó la Libertad de Vientres, declarando libres a los hijos de esclavos nacidos a partir de ese momento.

¡Qué raro suena todo esto! Ahora, más grande, entiendo mejor que nadie me crea. Y es inútil que traiga pruebas. Traje documentos, pero el papel es

nuevo y la tinta también. Por más que vuelva con ropa, utensilios o lo que sea, ¡nunca tendrán doscientos años de envejecimiento! La máquina va y viene en unos segundos.

6 Mi tío Francis, el hermano chico de mamá, ya tiene veintiséis años, no lo puedo creer. Se recibió en Física, ganó una beca re-importante y ahora está trabajando en una universidad de Estados Unidos. Cambió demasiado: se transformó totalmente en una persona adulta, me siento un poco como si me hubiera traicionado. Sus planes respecto de la máquina del tiempo también cambiaron. Después del viaje que hice al año 1813 se dio cuenta de que nadie iba a creer en mis grabaciones ni en las fotos o los videos que tomé en el pasado con mi celular. Decidió que él mismo tiene que convertirse en un personaje reconocido por la comunidad científica internacional para recién convencer a los demás de que prueben su máquina del tiempo. “Paciencia”, me dice siempre. Yo estoy harto de paciencia.

Al terminar el colegio decidí que nada me interesa tanto como la Historia. Estoy haciendo el ingreso a la facu para estudiar esa carrera. Gracias

al invento del tío Francis, tengo la posibilidad de estar presente en momentos claves de la historia argentina y enterarme bien de lo que pasó.

Se me ocurrió una idea genial. Quizás traer cosas de allí no prueba nada. Pero en cambio, cuando esté en el pasado, podría esconder objetos o documentos importantes y después, cuando vuelva a esta época, “descubrirlos” y hacerme famoso como historiador y como arqueólogo.

Ahora quiero estar en Tucumán el 9 de julio de 1916 para ver cómo se declaró la independencia. Tío Francis no está de acuerdo, se siente muy responsable por mí. Después de todo lo que me pasó en 1813, cuando me secuestraron los indios ranqueles y me perdí en el desierto, le da miedo que me pase algo y no pueda volver. Pero yo me voy igual, ni tengo por qué avisarle. Con los cambios que le hizo a la máquina del tiempo, viajar es mil veces más fácil. Ya no tengo que sentarme adentro de un gran cajón de madera. Ahora toda la máquina tiene el tamaño de un control remoto. Basta con meterse en una especie de gran bolsa de plástico (es un material especial, impermeable al tiempo) y accionar el control. Es muy práctico, porque

después doblo la bolsa chiquita y la llevo siempre encima. No voy a tener el problema de que se pierda o me la escondan, como me pasó en 1810, ni de que se rompa en el choque al llegar, como en 1813.

8 En cambio, voy a tener problemas nuevos. Por un lado, el de las comunicaciones con Francis. Mi celular estaba tuneado para poder mandarnos mensajes de texto entre el pasado y el presente, pero ahora Francis no sabe que me llevé de su casa la máquina del tiempo y me voy a 1816 por mi cuenta.

Por otro lado, antes yo iba directamente desde el patio de la casa de Francis hasta la casa de don Blas de Ulloa, en el pasado. Tener un aliado en ese mundo extraño me hacía todo más fácil. Don Blas me ayudaba con la ropa, con el dinero, me daba instrucciones acerca de cómo comportarme, me enseñó a montar... Les dijo a todos que me habían criado en Italia, para que mi acento raro no llamara la atención. Pero tengo motivos para creer que no voy a encontrar a don Blas en 1816. Estaba muy grave cuando lo dejé en 1813. Y no tengo ningún interés en encontrarme con su nieta.

Margarita, la nieta de don Blas, es una chica de mi edad, solo que ya no es una chica. En esa época,

una mujer de dieciocho años es una señora... Bueno, casi prefiero ni hablar de eso. Cuando me fui, los dos teníamos quince años y ella se estaba por casar. Vivimos cosas increíbles y sin embargo ella se iba a casar con otro, con un tipo grande, que la podía mantener... No quiero ni acordarme. Vuelvo a escuchar la grabación que hice a la vuelta de mi viaje anterior. Qué ingenuo que era a los quince años.

9

... no me importa si cuando llego me la encuentro a Margarita casada con otro. Con Jean-Jacques o con el que sea. Estará casada en el siglo XIX. Y yo me la voy a llevar doscientos años para adelante.

¿Y ella va a querer dejar a su marido y venirse conmigo? ¿Qué le puedo ofrecer yo? Mujeres, bah. Ahora las conozco mejor. Salí con muchas. Me gustan, claro. Me encantan las mujeres. Pero enamorarse... No sé, me parece una pavada de novela rosa. No creo que nunca me vuelva a enamorar. Era demasiado joven y lo que me pasó fue demasiado fuerte. En este viaje no tengo ningún interés en ver a Margarita.

Me voy a concentrar en lo que me interesa como historiador. Nunca entendí bien los hechos de 1816, esa parte del Congreso de Tucumán es como un berenjenal histórico. Ahora será distinto,

porque voy a estar allí personalmente. Tengo que prepararme con mucho cuidado: al faltarme la apoyatura de don Blas, hay que ver cómo me las voy a arreglar para sobrevivir.

10 Mi máquina viaja en el tiempo pero no en el espacio. Si quiero aparecer en Tucumán, tengo que ir a Tucumán y meterme en la máquina allí. Eso ya está preparado. Les dije a mis padres que me voy con unos amigos de campamento a Córdoba, y es verdad. Cuando esté allí, me tomo un micro a Tucumán. Total, puedo ir y volver en el día. Aunque esté meses enteros en el pasado, pasa muy poco tiempo en el presente.

Mi plan es sencillo: me meto en la Casa de Tucumán como un turista cualquiera. Me escondo en el baño y me meto en la máquina. Voy un domingo a la mañana, así está todo tranquilo y tengo más posibilidades de que nadie me vea llegar en 1816. En esa época, el domingo a la mañana todo el mundo estaba en misa, hasta los esclavos. ¡Tucumán era un pueblo de doce manzanas y tenía cuatro iglesias! Pero, además, voy a alquilar un traje de época en un negocio de disfraces y me lo llevo en la mochila. Mmm, mejor que una mochila llevo una valija, que va a llamar menos la atención. Algo de

plata chica de la época me traje en el viaje anterior, pensando, como siempre, que íbamos a poder convencer a alguien con esa prueba. Billetes crujiertes, moneda recién acuñada... qué inocente.

Cuando salga de la Casa de Tucumán (espero que esté abierta, en un pueblito de doce manzanas no debe haber inseguridad), tengo que buscar posada. ¿Habrá? Leí que los enviados de las provincias al Congreso de Tucumán iban a vivir en casas de familia... Qué lío... Ya veré. En todo caso, le pido ayuda a Juan José Paso, que es secretario del Congreso, así que tiene que ir todos los días. En 1810 lo saqué de una tremenda gripe con aspirinas, para que pudiera estar el 22 de mayo en el Cabildo. Y en 1813 nos volvimos a ver, espero que me recuerde. Los congresales habrán llevado esclavos, secretarios... Está el ejército de Belgrano... Por suerte seguro que hay mucha gente de afuera en ese Tucumán de 1816...

De trabajar, ni hablar. Imposible. Con los trabajos pesados se gana miseria, hay gente que trabaja por la comida. Y yo para escribir con pluma de ganso soy un desastre. Se me ocurrió una idea genial para conseguir plata: llevar cosas para vender. Que no llamen demasiado la atención, obvio que no voy a

llevar una cámara digital. Por dos mangos me compro un montón de pañuelos hindúes, que son livianos, ocupan poco lugar y allí van a ser re-exóticos. También llevo cuatro relojes que me compré en un lugar de antigüedades en San Telmo, son de principios del siglo XX, a ellos les van a resultar súper modernos: allí se fue todo lo que gané trabajando en el verano. Otra cosa que voy a meter en mi valijita son unos paraguas plegables, ¡con eso voy a matar! Y es una tecnología que bien podrían tener, no hay nada eléctrico, se arman con resortes... Eso sí, se rompen fácil, estos del siglo XIX no están acostumbrados a lo de úselo y tírelo. Llevo un par de celulares, unas cuantas baterías y el botiquín de primeros auxilios, que la otra vez me sirvió muchísimo. También una libretita para anotar, por si me quedo sin batería, y varias biromes, aunque no para vender, porque son demasiado raras.





Del diario de Margarita

20 DE MARZO DE 1816

TUCUMÁN

¡Me quedé sin respiración al encontrarlo y todavía estoy sofocada! ¡Cómo pude ser tan imprudente! ¡Arriesgarme a que Jean-Jacques diera antes que yo con este diario y sus escritos que detallan aquella aventura con alguien que decía venir del futuro! Me pregunto qué tenía yo en la cabeza cuando dejé, dentro de la caja y tan a la mano de mi esposo, el diario que acabo de encontrar. ¿Por qué no lo quemé o lo enterré para siempre? Los ángeles, la Virgen y todos los santos han querido, sin duda, proteger mi matrimonio...

13

Sin embargo, y raramente, volver a tener este diario y releerlo ha posibilitado también un encuentro conmigo misma. Con aquella niña despreocupada que fui hasta no hace mucho. Porque, aunque no ha transcurrido tanto tiempo desde entonces, ¡han sucedido muchísimas cosas! Y de

pronto siento ganas de escribirlas, para pensarlas, para entenderlas mejor. No va a ser fácil hacerme el tiempo, ya que François demanda toda mi atención, pero mientras él duerme, como ahora, encontraré algunos momentos para dedicar a la escritura.

14 Las últimas líneas de las páginas que he vuelto a leer habían sido escritas el 1 de junio de 1813, hace ya casi tres años. Quince era mi edad en aquel tiempo. Me figuraba estar enamorada de aquel muchacho llamado Manuelito. ¡Pensar que estuve a punto de decirle a Jean-Jacques que me había enamorado de otro! ¿Cómo pude tomarme en serio esas historias? Muy poco después de aquel 1 de junio de 1813, llegaron las inquietudes reales, las que correspondían a una verdadera adulta. Llegaron los dolores, y las responsabilidades.

Ahora, con dieciocho, soy una mujer hecha y derecha. Esposa y madre. Y más huérfana que nunca, porque hace poco más de dos años y medio nos dejó para siempre don Blas, mi abuelo, el hombre que me dio todo su amor y su amparo cuando, siendo una niña de muy corta edad, mis padres perdieron la vida en un naufragio.

Jean-Jacques y yo nos casamos el 1 de julio de 1813 en una sencilla ceremonia en la iglesia de la Merced (¡tanto que había soñado con una gran fiesta!). Y tuvimos el inmenso honor de que mi amiga Remedios y su esposo, el coronel San Martín, fueran nuestros testigos de boda.

A la alegría de iniciar una nueva vida junto a mi marido, se sumó demasiado pronto la pena inmensa por la muerte del abuelo, que ocurrió quince días después de consagrado el matrimonio. Con la desaparición de don Blas llegaron los problemas. Tuvimos que vender la casa de Buenos Aires porque los malos negocios y el quebranto de la salud del abuelo habían generado muchas deudas. Por suerte, Jean-Jacques había heredado de un tío, un hermano de la madre, una casa en Tucumán. De modo que acá nos vinimos, en un viaje en galera que duró casi cuarenta días. Yo no hacía más que vomitar durante el trayecto porque ya estaba embarazada, aunque todavía no lo supiera.

Dejar Buenos Aires no fue fácil. Abandonar la casa en la que crecí, en la que habían vivido mi abuelo y mis padres... Separarme de las amigas de mi madre, que me habían protegido y mimado

cuando niña y siguieron cuidándome y aconsejándome al hacerme mayor... Separarme también de mis amigas, con quienes compartí risas y confianzas y el asombro y las dificultades de crecer... Todo aquello significó pérdidas muy dolorosas.

Por suerte Remigia, tan fuerte como siempre, y Mali y Donga, o mejor dicho Pedro y Catalina –sus nombres de bautismo–, nuestros negros y fieles servidores, viajaron con nosotros para instalarse en el nuevo hogar.

¡Tucumán es una ciudad pequeña al lado de Buenos Aires! Apenas unas pocas manzanas... Pero la casa en la que vivimos es amplia, espaciosa, y tiene una huerta donde Catalina con sus manos mágicas cultiva verduras. También hay naranjos y el aroma de las flores de azahar alegre y serena mis días.

El 4 de abril de 1814 nació mi precioso François Blas Pierre Lorenzo. Sus cuatro nombres son diferentes homenajes. François corresponde al filósofo y escritor Voltaire, al que Jean-Jacques admira por su apasionada defensa de la libertad y la tolerancia. Blas no necesita explicación: recuerda a mi bienamado abuelo. Pierre era el nombre del padre

de Jean-Jacques. Y Lorenzo fue el nombre por el que se conoció a mi padre.

Hoy, 20 de marzo de 1816, hace ya dos meses que Jean-Jacques partió en una misión secreta al servicio de la revolución. ¡La revolución! ¡Qué raro es decirlo en este momento, cuando todo es incierto! Lo que nadie podía prever, sucedió: Napoleón fue derrotado y Fernando VII volvió al trono de España. ¡Cayó para siempre la máscara de Fernando! Los españoles quieren recuperar estas tierras y vienen por ellas con sus ejércitos y sus generales, a los que les oponemos patriotas convencidos como el general Belgrano, pero no profesionales de la guerra. Mientras tanto, hay peleas internas entre Buenos Aires y las provincias, entre Buenos Aires y Artigas, a quien un día se lo declara un delincuente, y al otro, se lo venera como héroe.

Las autoridades se suceden y se traicionan unas a otras sin que logremos llegar a acuerdos duraderos.

Ahora habrá un Congreso en Tucumán que está destinado a declarar la independencia, mientras en Europa corren vientos de restauración de las monarquías.

Es difícil saber qué va a ocurrir. Yo, mientras tanto, desocupo el cuarto de huéspedes de las cajas que había amontonado allí durante la mudanza, porque uno de los diputados –no sé todavía cuál– se alojará en mi casa. Tucumán no tiene posadas y somos sus habitantes quienes ofreceremos hospedaje a los diputados de las provincias. Por supuesto, no van a participar del Congreso aquellas que siguen a Artigas: Corrientes, Santa Fe, Entre Ríos, la provincia Oriental y los pueblos de Misiones. Córdoba, por su parte, aunque forma parte de la llamada “Liga Federal”, enviará sus diputados a Tucumán.

Me pregunto si lograremos escucharnos, si podremos ejercer esa libertad y tolerancia que Jean-Jacques tanto admira en su Voltaire. ¿Dónde estará ahora mi esposo? ¡Cuánta falta me hace su compañía protectora!

Y ya no me pregunto nada más porque en este mismo momento oigo llorar a François, mi dulce niño, que acaba de despertarse de su siesta. Y el pequeño no tiene otra preocupación que no sea tomar su merienda. Ya mismo estoy yendo a cobijarlo en mis brazos y a darle aquello que tanto desea.